

les siempre flameó el sedño plumón de una sonrisa. Es esto una nueva y pujante profesión de fe en la vida—jubilosa sonrisa de la naturaleza—hecha desde la cumbre de un nuevo y vigoroso sentimiento. Es esto la demarcación de un nuevo rumbo por sendas florecidas, de quien llegó hasta aquí con el pensamiento libre de rencores y dobleces; como la blanca e hinchada vela de un bajel de pescadores, que dibuja en la fisonomía del mar una sonrisa de esperanza.

Sonríe el cielo al beso de la luz y alza los tibios vahos de una aspiración de vida satisfecha. Y de este milagroso conubio de sonrisas, brotan otras no menos embriagantes: la flor, que es la sonrisa del jardín; el aroma, que es la sonrisa de la flor; el céfiro, que es la sonrisa del aire; los pájaros, que son la sonrisa de las frondas; el trino, que es la sonrisa de los pájaros; el murmullo, que es la sonrisa de la fuente; el suspiro, que es la sonrisa del amor. Y cuando la noche viene y desparra su infinita tonalidad de sombras, abre en ellas amorosamente graciosos agujeros desde los cuales sigue fluyendo sobre nosotros la divina sonrisa de la luz.

Quitad del mundo la sonrisa, y lo habréis hecho una mueca.

La sonrisa es sana y reconfortadora. ¡Cuántas veces bajo el dorado fulgor de su relámpago, caen al suelo las armas que llegaban a herirnos! ¡Cuántas veces diluida en su claror nuestra amargura, se convierte en tristeza, esa dulcísima ambrosía, que no es dolor y tiene sus perfumes acres, que no es placer y encierra la voluptuosidad de sus hechizos; que es la revelación más intensa, y noble, y victoriosa de la virtualidad del pensamiento.

Porque la tristeza es la inefable sonrisa de la idea.

Vuelvo la vista hacia adelante, es decir, hacia abajo por la pendiente opuesta a la que acabo de vencer, y no diviso sino dos senderos.

¿Paralelos? Me parece que no. Noto entre las brumas de ese horizonte que llaman porvenir, frecuentes conexiones de ambas rutas. Diríase una escalera de infinitos peldaños en zigzag. Son los caminos de la sonrisa y del sollozo.

Quien deseche esas rutas, se extraviará en el caos.

Quien las tome y marche por ellas con paso firme y corazón airoso, sabrá llegar al fin de la jornada con el pensamiento blanco como la mística sonrisa que pone la edad sobre las infantiles cabezas de los viejos.

A poco que la sonrisa se analice, brota el sollozo. En cuanto meditamos el sollozo, salta el hilo de luz de la sonrisa.

Sonreír siempre, es la divisa de los buenos. Sonreír de todo y ante todo. De los zarpazos insensatos de la pena que acecha nuestra debilidad para abatirla; de los audaces pujos de la estulticia que nos inunda transitoriamente con su oleaje; de los asfixiantes estrujones de la violencia que es la expresión más gráfica de la realidad.

La sonrisa es una pequeña fuerza invulnerable. Si el asesino supiera mirar la sonrisa vehemente del puñal enviada bajo la noche a las estrellas, sentiría su brazo aliviado del peso del arma que rodaría a acabar de sonreír entre las piedras. ¿Quién sabe? Cuántas redenciones que ignoramos habrán sido consumadas por una de estas inefables sonrisas sin necesidad de sangre inútil ni de calvarios de mal gusto.

La sonrisa es consuelo. La sonrisa es azote. Para vengar la afrenta que nos hierre, no hay como arrojar a la faz del ofensor un ramillete de sonrisas, con la elegancia y la ufanía conque se lanza al rostro de una hermosa en noche de carnaval, un fragante puñado de confetti.

La sonrisa es alfiler que clava en las paredes del ridículo, la nocturna mariposa de la insidia que nos importuna.

Al discurrir en estos mismos días en la soledad llena de rosas de mi escritorio, sobre las calamidades que según los hombres serios amagan a la patria, he llegado a pensar que si nuestros eximios educadores nos hubieran puesto a cultivar como es debido nuestro ingénito *derecho a la sonrisa*, no tendría razón de ser la congoja que hoy se come a algunos al ver que no tenemos ejércitos de línea ni relucientes armamentos para salirle al encuentro a la conquista.